

TP1

\$160

Milcizdes Peñz

T.P. (1)

"El paraiso Terrestre."

Federales y Unitarios forjan la civilización del Cero"

INDICE

UNIDAD Y DESINTEGRACION 7

El Mundo Colonial Americano No Formaba Una Nación 7

El Mito de la Balcanización Latinoamericana 10

Las Colonias Españolas No Tenían Bases Sociales para Independizarse de Europa 14

DESPUES DE MAYO. UNITARIOS Y FEDERALES 21

La Revolución Abrió las Compuertas a las Fuerzas Centrifugas ... 21

Los Caudillos: Oligarquía Con Apoyo Popular 25

Oligarquía Antinacional y Democracia Bárbara 28

La Presencia de Inglaterra Refuerza a la Oligarquía Bonaerense ... 30

El Unitarismo; la Aduana al Servicio de los Intereses Porteños ... 37

Roces Entre los Estancieros y sus Socios Federales 41

Límites del Federalismo Bonaerense 46

El Dilema ¿Estancia o Factoría? 48

ROSAS 53

El Problema de la Independencia Nacional 53

Rosas, Paladín de los Estancieros Bonaerenses 55

La Acumulación del Capital Agropecuario en la Pampa 58

El Gobierno del Orden se Apoya en la Demagogia Popular 60

La Mazorca Garantizó la Futura Sucesión de Rosistas sin Mazorca . 65

El "Nacionalismo" Rosista Sólo Propiciaba la Pacífica Explotación del Ganado 71

La Mano Fuerte del Restaurador se Ablanda Frente a la Colectividad Inglesa 77

El Maridaje de la Intelligentzia con el Invasor Extranjero 85

DE CASEROS AL 11 DE SETIEMBRE 93

En la Argentina de Rosas se Consolida Una Sola Institución Capitalista, la Estancia 93

El Mercado Mundial Desgaja el Frente Unico de los Estancieros Porteños y del Litoral	96
Caseros Salva al País de su Desmembramiento	100
La Oligarquía Porteña, Aferrada a su Aduana, Desintegra el Frente Antirrosista	104
Liberales y Rosistas Porteños se Unen Contra Urquiza	107
Roces Entre la Oligarquía Rosista y la Unitaria	116
BIBLIOGRAFIA CITADA	121

Esta edición de 3.000 ejemplares se terminó de
imprimir el día 4 de junio de 1975, en el
Establecimiento Gráfico de D. Lihonati,
Piedras 1354, Buenos Aires.

ciantes ingleses. No se ha hablado de justicia, de derecho, de razón: no se ha mentado para nada el carácter del despotismo de Buenos Aires, se ha pensado sólo en la ambición de Francia y no se han acordado de la ambición de Rosas, de los principios de su política bárbara... Los ingleses pueden hablar así de las cosas de Buenos Aires porque ellos son los extranjeros más considerados, más privilegiados, más obsequiados también por el gobierno de Rosas" (carta a Alberdi, 28-12-38 (Póstumos, XIII, 17).

DE CASEROS AL 11 DE SETIEMBRE

*En la Argentina de Rosas se Consolidó
Una Sola Institución Capitalista,
la Estancia*

Contra la opinión liberal de que la dictadura rosista fue una noche tenebrosa en que el pulso del país dejó de latir, hemos demostrado que la dictadura rosista facilitó y consolidó la acumulación del capital nacional. Ante la avalancha de reformas con que Rivadavia trataba de establecer el dominio de la burguesía comercial porteña y sus socios ultramarinos, Rosas aparece como el restaurador del predominio estancieril y de las condiciones que permitían el enriquecimiento y la consolidación de esta clase productora. Ese fue el sentido de su dictadura tradicionalista, conservadora, antiextranjera. Son tonterías literarias eso de que Rosas restauró la colonia. Es indiscutible que defendió la independencia del país —de su país, el país de los estancieros porteños— contra todos los intentos de reconquista, y probado está que los verdaderos colonialistas eran los próceres montevideanos que auspiciaban el protectorado francés. Rosas fue partidario de la colonia en un único y solo sentido: en cuanto trató de conservar y hacer prosperar contra todos los obstáculos la vieja tradición que viene precisamente de la colonia: vacas, vacas,

vacas, como decía Sarmiento. (Pero llegó un momento en que el sistema rosista ya no sirvió para conservar esta tradición y entró en conflicto con la clase que lo había sostenido desde la primera hora. A la hostilidad de los estancieros del Litoral se sumaba la de los estancieros porteños, la propia base de sustentación de Rosas. Su caída era inevitable.

Los abnegados apologistas de Rosas, que con tal de salvar a su héroe son capaces de aliviarse hasta del último miligramo de inteligencia, afirman que al caer don Juan Manuel "éramos un país próspero merced a la protección que las leyes vigentes otorgaban a la producción nacional" (Palacio, II, 143). Lamentablemente, [la producción nacional en 1851 era la misma que en 1810 en Buenos Aires y el Litoral, es decir, un usufructo de las vacas y caballos que la naturaleza ponía a disposición de los propietarios. Y en el resto del país la producción había disminuido minada por la corrosiva competencia inglesa. Un experto conocedor inglés —muy amigo de Rosas él— hablaba así del gaucho: "Tómense todas las piezas de su ropa, examínese todo lo que lo rodea y exceptuando lo que sea cuero ¿qué cosa habrá que no sea inglesa? Si su mujer tiene una pollera hay diez probabilidades contra una de ser manufactura de Manchester. La caldera en que cocina su comida, la taza de loza ordinaria en que la come, su cuchillo, sus espuelas, el freno, el poncho que lo cubre todos son efectos llevados de Inglaterra" (Parish, Buenos Aires, II, 335-6). Si es verdad que Rosas trató de proteger la industria nacional, forzoso es reconocer que no tuvo éxito ninguno en su intento. En efecto, otro viajero inglés —por supuesto, simpatizante de don Juan Manuel— dejó también una excelente radiografía de lo que era Buenos Aires —la zona más próspera del país— en los últimos años del gobierno rosista. Vale la pena exponerla extensamente:

"La población es muy escasa y los criollos son, por lo general, poco inclinados a otras ocupaciones que no sean los trabajos propios de las estancias. Viven en sus ranchos y no dedican un palmo de terreno a jardín ni plantan una sola hortaliza. Nunca cultivan la tierra —siendo feracísima— porque su alimento consiste exclusivamente en carne de vaca y de cordero.

No consumen tampoco pan, ni leche, ni verduras y raramente usan la sal. Los recursos del país no se aprovechan porque los habitantes son poco industriales" (20). Visita una casa pampeana y "toda la familia vestía con telas de manufactura inglesa" (26). "He podido observar que los criollos todos muy raramente sienten inclinación por otro trabajo que no se relacione directamente con los caballos y vacas. Obligarlos a vivir en una ciudad, confinarlos en una localidad determinada, o someterlos a las labores de la agricultura, equivaldría a encerrar un pájaro en una jaula. La única ambición de los paisanos es la de ser buenos jinetes, y las faenas propias de la ganadería constituyen su ocupación favorita. Cualquier otro trabajo, comercio o industria, se deja para los extranjeros, o sencillamente se abandona" (46). "Por aquí (en Chascomús) se consume harina norteamericana, aunque la tierra, en todos los alrededores, es muy fértil y apta para el cultivo" (50) "...los criollos no toman jamás una pala en sus manos" (82). "El tenedor no se usa jamás entre las clases pobres, y, en realidad, creo que no se usa porque exigiría la adopción de otros hábitos domésticos que resultarían fastidiosos: un cuchillo y un tenedor requieren un plato, el plato requiere una mesa. Sentarse en el suelo con un plato resultaría inconveniente y ridículo. Una mesa pide, a la vez, una silla, y así las consecuencias del uso del tenedor importarían una completa revolución en las costumbres domésticas" (84). "Al acercarnos al puerto, que ha sido centro comercial por espacio de más de tres siglos, esperamos encontrarnos con diques, muelles y arsenales en plena actividad, pero no es así; las arenas y las rocas de la costa, el suelo y el agua se presentan tales como los formó la naturaleza, porque el hombre no ha hecho nada; hasta ahora, para mejorar el puerto" (142). "...porque si bien el comercio del Río de la Plata es muy considerable, se halla dirigido exclusivamente por extranjeros" (133) (Mac Cann).

Tal era la situación de la Argentina en los últimos años del gobierno rosista. Una estancia atrasada; bastante bien resguardada, eso sí, porque "el sistema implantado por Rosas —que somete a la pena capital a todos cuantos violan las leyes del país, sin distinción de clases— ha terminado casi por completo con los robos y tropelías" (Mac Cann, 136). En 1830 ese pudo haber sido el ideal de los estancieros bonaerenses: orden, orden por sobre todas las cosas, contra los perturbadores de adentro y de afuera. Pero en 1850 las cosas habían cambiado. El mercado mundial ejercía una seria atracción sobre la oligarquía porteña, y los estancieros no tenían por qué dejar de aspirar a ensanchar sus ganancias, aumentando y mejorando su pro-

ducción y —ahora que ya eran dueños de toda la tierra y no había peligro de que ésta cayera en manos de colonos libres— valorizando sus tierras, transformándose en terratenientes, importando agricultores arrendatarios.

El Mercado Mundial Desgaja el Frente Unico de los Estancieros Porteños y del Litoral

La oligarquía porteña había acumulado capital en el clima de invernadero de la dictadura rosista, y ahora buscaba nuevos horizontes. Y otro tanto le ocurría a su colega del Litoral. Pero para esto el invernadero se había transformado en chaleco de fuerza. La dictadura rosista era muy apta para conservar el orden, pero ahora eran los propios estancieros los interesados en alterar ese orden, cuando menos en su estructura técnico-económica. Rosas —que todavía en vísperas de Caseros meses después del pronunciamiento de Urquiza, encontraba meritorio y digno de todo elogio que su sobrino Mansilla no se hubiera *agringado* (Chávez, 27)— estaba de más en un país cuyas clases dominantes veían con creciente claridad que agringarse era la forma de proseguir su acumulación capitalista. El proceso era evidente para todos, menos para el Ilustre Restaurador, cuyo realismo a ras de tierra le falló aquí estrepitosamente, demostrando que el ser corto de vista deja de implicar una virtud en algunos momentos. En 1847 Mc Cann observaba que “Los propietarios de campos pueden dividirse en dos categorías: los que quieren adoptar hábitos europeos, cuyas modalidades imitan, y los que prefieren conservar las costumbres del país. Generalmente, los propietarios que desean adaptar sus costumbres a la vida europea, son aquellos que, por accidente o de propósito, se han vinculado a los extranjeros de Buenos Aires. Vuelven al campo con el deseo de mejorar sus propiedades y en lo

posible conforman su vida a los hábitos y comodidades de la civilización... De todo esto puede colegirse que el país pasa por un estado de transición. Ya el vestido a la europea se generaliza mucho y, cuando se le ve en el campo, llevado por un criollo, es señal de que en esa comarca se va operando algún cambio en la manera de ser general” (131-32). Pero las nuevas tendencias no se limitaban al vestido. La ganadería se diversifica, apareciendo nuevos intereses al margen de los vinculados al saladero. Saliendo de Bs. As., toda la campiña en un radio de 30 leguas es un vasto criadero de ovejas (Mc Cann, 55). En 1845 se introduce el alambrado en una estancia bonaerense, y Urquiza comienza a interesarse por atraer la inmigración de agricultores extranjeros. Pero todo el sistema rosista tendía a trabar esta evolución. Algunas observaciones que hizo Mc Cann son ilustrativas.

En Quilmes, encuentra que “al presente ofrece un cuadro de pobreza y desolación porque los habitantes del sexo masculino se hallan todos de servicio en el ejército” (5). Más adelante busca un baquiano, pero le es difícil encontrarlo porque “la mayoría de los hombres estaban en el ejército y los pocos libres de servicio no bastaban para desempeñar las faenas rurales más indispensables” (28). Cerca del Samborombón, se enteró de que “Poco tiempo atrás, una persona de las vecindades había perdido seis mil ovejas de buena cría, como consecuencia de una crecida del río. Casi todas estas pérdidas deben atribuirse a la escasez de población: un propietario podrá ver ahogarse sus majadas, extraviarse sus ganados, sin encontrar medios para evitarlo, por la falta de peones que vengan en su ayuda” (43). Luego cruza por una estancia “de la conocida familia Anchorena. Comprende esta estancia veinte leguas cuadradas y tiene por lo menos cuarenta mil cabezas de ganado; pero, como los pobladores de este inmenso establecimiento no dan abasto para atender el ganado de todos los rodeos, la hacienda se ha vuelto enteramente cimarrona” (60). Cerca de Tandil, el propietario de una estancia de doce leguas cuadradas con mucho ganado “se lamentó amargamente de que toda industria se hiciese muy dificultosa por la escasez de trabajadores” (80). Esto se debía a que “cuantas veces el Gobierno necesita auxilios de esa naturaleza, sus oficiales visitan los establecimientos de campo y hacen marchar a quien se les antoje, para incorporarlo al ejército. Es así como se deseca la verdadera fuente de la industria nacional, y el dueño de un establecimiento puede ver de un momento a otro, paralizados sus trabajos por la llegada de algún comandante que se presenta exigiendo hombres y caballos” (121).

En verdad, el Ilustre Restaurador, de abanderado de la propiedad estancieril, se estaba convirtiendo en su plaga.

Este creciente desencuentro entre Rosas y los estancieros bonaerenses está en la base del desmoronamiento del sistema rosista ante el embate de los estancieros del Litoral acaudillados por Urquiza. El antirrosismo rondaba en el propio campamento de Rosas, y en verdad cuando llegó la hora de Caseros, la única fuerza leal a Rosas eran las masas que seguían creyendo en él. El desgano o la abierta traición de sus oficiales y generales (Palacio, II, 136) revelaba que la oligarquía porteña ansiaba desprenderse de Rosas. Es casi seguro que si no se desprendió antes de Rosas y aun después que Urquiza lanzó su pronunciamiento le ofrendó vida y honor, fue por temor a que Rosas apelase a las masas para demostrarles a "los magnates" que aún era "don Preciso" como hubiera dicho doña Encarnación.

Rosas ascendió al poder llevado por el frente único de los estancieros porteños, arrastrando tras de sí a sus peonadas, con los estancieros del Litoral y los caudillos mediterráneos unidos contra la hegemonía de la burguesía comercial porteña. Durante mucho tiempo los estancieros de Buenos Aires, el elemento más fuerte en sentido capitalista, logró imponerse sobre esa coalición, explotando y manejando a su antojo a los aliados del Litoral y el Interior. Pero bajo el rosismo los intereses estancieriles y comerciales del Litoral crecieron bastante y, durante los conflictos con Inglaterra y Francia probaron bastante de las delicias del libre comercio directo con Europa como para seguir tolerando mucho tiempo que los estancieros porteños los explotasen a través de su puerto único. Y menos todavía a que les arruine en sus negocios impidiendo la exportación de metales o pólvora desde Buenos Aires a las provincias. Cuando Urquiza comienza a prestar atención a los artículos de *El comercio del Plata* en que Florencio Varela predica la libre navegación de los ríos interiores, no es por ninguna mística influencia del espíritu revolucionario europeo, sino por los contantes y sonantes intereses de los productores entrerrianos que entreveían ya la sonrisa de su porvenir tan pronto

como fuese echado a pique el monopolio fluvial y aduanero de Buenos Aires. En el Litoral surgió así la primera poderosa fuerza nacional que se levantó contra el rosismo, rompiendo el frente federal en defensa de sus intereses capitalistas más fundamentales. Pero este golpe no hubiera derribado a Rosas —o en todo caso lo hubiera derribado tras una lucha mucho más seria— de no haber contado con el apoyo tácito de los propios estancieros porteños quienes, también en defensa de las nuevas necesidades de su acumulación, rompieron el frente federal por su lado retirando su apoyo al Restaurador. Al llegar Caseros, lo único que restaba del frente rosista de 1830 eran las masas bonaerenses y los caudillos mediterráneos, quienes por sí solos nada podían decidir y debían fatalmente acatar por grado o por fuerza las decisiones producidas entre Buenos Aires y el Litoral. Rosas ya no tenía apoyo entre las clases dominantes del país. Tal es la realidad.

Un apologista del Ilustre Restaurador ha escrito que Caseros "no tendría explicación" a no ser por la moda, originada en las revoluciones europeas del 48, según la cual todos los gobiernos establecidos, por el solo hecho de serlo y de inspirarse en principios tradicionales, eran un anacronismo, y sus opositores tenían razón. Parece que los más puros federales se contagiaron de esta moda y por eso se transformaron en instrumentos de los emigrados antirrosistas (Palacio, II, 134). Como se ve, cuando los historiadores revisionistas renuncian con fervor católico a todos los fueros de la razón pública y privada son muy capaces de igualar y superar a los mitristas puros. ¡Urquiza levantándose contra Rosas por influencia de modas revolucionarias europeas! No; no eran las ideas de Francia sino las vacas criollas las que movieron a Urquiza rumbo a Caseros. Si de alguien fue instrumento Urquiza fue de los productores del Litoral, estrangulados por el monopolio portuario que Rosas conservaba con celo mahometano. Urquiza no fue "instrumento" de ninguna conspiración extranjera, como se ha afirmado con exceso de patriotismo escolar (Ramos, *América*, 89; Sierra, *Ideas*, 430). Rosas no cayó meramente por una "agresión extranjera" (Palacio, I, 423). Los intereses

del Brasil lo movieron a apoyar a Urquiza, pero no fue la diplomacia brasileña quien forjó los intereses que, para destronar a Rosas, estuvieron dispuestos incluso a aliarse con el Brasil —como Urquiza— o a combatir con sospechoso desgarro frente a un ejército donde participaban los brasileños, como fue el caso de la plana mayor del ejército rosista. En la eclosión de la guerra civil Brasil vio la oportunidad de sacar tajada y allí fue, pero las fuerzas fundamentales que se pusieron en marcha contra el rosismo eran tan indiscutiblemente nacionales como la bota de potro.

Caseros Salva al País de su Desmembramiento

Para los rosistas la caída del Restaurador fue una "derrota nacional", "tal vez la mayor calamidad de nuestra historia "que frustraba el destino nacional" (Palacio, II, 143) e indica "la pérdida del proceso histórico nacional en desarrollo" (Ramos, *América*, 104). Reguste el lector este florilegio del dislate. En realidad, la caída de Rosas fue precisamente el resultado del "proceso histórico nacional en desarrollo", es decir, de la evolución de concretos intereses de los productores nacionales que por una u otra razón coincidían en la necesidad de desprenderse del Ilustre Restaurador. El proceso histórico nacional —estimulado durante muchos años por la dictadura rosista— conducía el país a su "destino nacional" es decir a hacer de él un apéndice agropecuario de Inglaterra en beneficio de la oligarquía estancieril y comercial bonaerense y del Litoral. Pese a su famoso realismo, Rosas fue absolutamente incapaz de comprender que las fuerzas para quienes él trabajaba eran las llamadas a derrocarlo. Cuando el sistema rosista entró en contradicción con las necesidades de ese "proceso histórico", cayó, y hubiera caído aunque el Brasil no hubiera apoyado a Urquiza. A menos que Rosas se hubiera

transformado en un arrojado caudillo gaucho que convocara al exterminio de los estancieros y proclamase el libre usufructo de tierras y ganados, posibilidad que aparte de comportar una abierta regresión —es decir, un intento de detener el desarrollo histórico— hubiera producido dentera en el alma apostólica de ese energúmeno del orden que fue don Juan Manuel.

En cuanto a que la caída de Rosas fue "la mayor calamidad de nuestra historia", es indudable que esta afirmación obtiene una fuerza refleja del hecho de que lo que vino después de Rosas hizo de la Argentina apenas una semicolonía atrasada. Pero todo indica que la perpetuación del rosismo hubiera conducido al mismo destino, aunque con características más alevosas, es decir, hubiera sido una calamidad mayor todavía. Es imposible dejar de observar que la operación sobre el Litoral llevaba fatalmente a la secesión de esta zona, como ya había llevado a la secesión del Paraguay. Diez años más de rosismo es decir, de localismo porteño *uber allen* hubieran desembocado fatalmente en una República Mesopotámica, como ya había desembocado en una República Paraguaya. El debilitamiento acrecentado por esa vía al país hubiera sido un desastre infinitamente mayor que la presencia de soldados brasileños en el ejército de Urquiza. Pero no sólo esto. La fuerza centrípeta del mercado mundial atraía irresistiblemente a la Argentina, y era fatal que el país se "agringase" por un intercambio creciente con capitales y hombres europeos. No había muralla china ni Paso de Obligado capaz de aislar al país para mantener con el capitalismo mundial sólo el intercambio que interesaba a los saladeristas, que esa era la política de Rosas. Como lo advirtió Alberdi: "Desierta y pobre, América tiene que recibirlo todo de fuera. Ese todo le irá: o bien por la fuerza de expansión del mundo moderno (conquista, anexión, protectorado, etc.) o bien atraído y recibido por ella, según el derecho de gentes" (*Póstumos*, III, 5).

El crimen de la política posterior a Caseros es haber recibido al capital extranjero en las peores condiciones para el país. Pero la política rosista —que en una etapa defendió la independencia del

país rechazando los cañones europeos— al empeñarse en rechazar la europeización pacífica del país en vez de aprovechar la europeización para fortalecer al país —como hizo la parasitocracia japonesa— conducía inexorablemente a la conquista, la anexión o el protectorado.

“La derrota de Rosas abre el período de aniquilamiento de la evolución argentina hacia un ciclo capitalista independiente” (Ramos, *América*, 105). Esta piafante afirmación, síntesis y copete de todas las apologías rosistas, tiene el ligero inconveniente de ser exactamente el reverso de la verdad. ¿En qué se basaba ese ciclo capitalista independiente? ¿En la industria? No existía. ¿En la estancia y el saladero? Pero éstos producían para el mercado mundial y conducían forzosamente a la dependencia. El saladero era menos dependiente del capital extranjero que el frigorífico, y en ese sentido la economía argentina era más independiente antes que después de Caseros, pero se trata de la diferencia que media entre la crisálida y la mariposa, es decir, la economía “independiente” del rosismo llevaba todos los gérmenes de la economía dependiente sin comillas que se estructuró después. Bajo Rosas no había bancos ni ferrocarriles ni otras empresas extranjeras, ni se contrataron empréstitos extranjeros. Pero tampoco había ese tipo de empresas nacionales; y la única clase capitalista que Rosas protegió y fomentó, los estancieros y saladeristas, tenían fijos sus intereses en el mercado mundial, no en el desarrollo del mercado interno que los hubiera impulsado a realizar aquellas empresas*. Por la época en que caía Rosas, Estados Unidos, atestado de inmigrantes y capitales extranjeros, era mucho

* Al caer Rosas “cada una de las provincias argentinas tenía una aduana independiente, cada una de ellas tenía tarifas y promulgaba impuestos y fiscalizaciones de todo género sobre los productos nacionales y extranjeros que transitaban por su territorio. Una carga de aguardiente de Tucumán o de Mendoza pagada once pesos fuertes para ser pasada por el territorio de Santiago o de Córdoba, para pagar cinco duros más como impuesto de consumo. Las harinas, las grasas y frutas estaban en peor caso, y los vinos de San Juan o de La Rioja eran artículos de lujo en Córdoba, en Tucumán o en Salta, por el precio de los derechos que pagaban en las aduanas por el tránsito” (Vicente Fidel López).

más independiente que la Argentina, libre de capitales y con muy pocos inmigrantes extranjeros. Porque en Estados Unidos existía una burguesía industrial capaz de conducir al país hacia un ciclo capitalista independiente, mientras que en la Argentina sólo vegetaba una clase (emparentada en muchos conceptos con los plantadores esclavistas del Sur) que vivía del mercado mundial, no del mercado interno, y tendía ineluctablemente a estructurar el país como semi-colonia.

Caseros inicia la definitiva estructuración capitalista de la Argentina en base a las fuerzas y potencialidades incubadas bajo la dictadura rosista. Las clases dominantes fueron —con veniales reacomodamientos que no alteran el fondo de la situación— las mismas que lo habían sido bajo Rosas. Si estas clases habían apoyado con Rosas “la evolución argentina hacia un ciclo capitalista independiente” del cual hubieran sido las primeras beneficiarias, ¿por qué se deshicieron de Rosas y enfilaron hacia la estructuración final de un capitalismo semicolonial? La respuesta es que jamás esas clases tendieron a ningún ciclo capitalista independiente porque su esencia era precisamente la dependencia del mercado mundial. El drama de la historia argentina seguía en pie: no había ninguna clase con interés en hacer del país una gran nación capitalista. Igual situación padecían el resto de América Latina, España, Europa Oriental y Asia, con la excepción de Japón. La estructuración capitalista del mundo planteaba a todos los países la exigencia del desarrollo industrial, y aquellos cuyas fuerzas internas débiles y mal dirigidas fueron incapaces de realizar esa tarea debieron pagar el precio de una pérdida menor o mayor de su independencia nacional.

*La Oligarquía Porteña, Aferrada a su
Aduana, Desintegra el Frente
Antirrosista*

Los distintos intereses que integraban el frente antirrosista triunfante en Caseros sólo podían mantenerse unidos en tanto subsistiese el enemigo común que los aglutinaba. Caído Rosas, la desintegración del frente que lo derribó era inevitable. Los productores de Buenos Aires querían terminar con la política rosista dentro de la Provincia, pero deseaban continuarla en el sentido de conservar para Buenos Aires la aduana y el puerto único, en detrimento del Litoral y el Interior. Su antagonismo con los productores del Litoral acaudillados por Urquiza era transparente. La burguesía comercial porteña y su pequeña burguesía, cuyos ideólogos regresaron de Montevideo junto con el ejército urquicista, tendían como en los tiempos de Rivadavia a unificar el país, pero sólo bajo el comando de Buenos Aires, y de no ser así preferían el aislamiento porteño. De modo que sus intereses entraban en relativo conflicto con los estancieros porteños y en conflicto absoluto con el Litoral y el Interior. Caído el enemigo común, nada había que pudiera conservar unidas estas fuerzas contradictorias. "Entre los emigrados unitarios de Montevideo había muchos que al presentarse a Urquiza lo hicieron con la idea preconcebida de derribarlo una vez que diese en tierra con Rosas" (Vera, XII, 159).

La desintegración del frente antirrosista tuvo su primera manifestación neta e inconfundible cuando Buenos Aires se negó a participar en la Asamblea Constituyente convocada por Urquiza, de donde habría de salir la Constitución argentina de 1853. La burguesía comercial y los estancieros bonaerenses, arrastrando a la pequeña burguesía mediatizada por la burguesía comercial, superando las divisiones de rosistas y unitarios, se unieron para impedir que

la República se organizase bajo la dirección de los productores del Litoral, respaldados por los caudillos y las masas del Interior. Tal era la política de Urquiza que constituía evidentemente un atentado contra la libertad de Buenos Aires de dominar a todo el país y organizarlo bajo su dominio y explotación, y era, evidentemente, una política dictatorial. Cuando la legislatura porteña debió tratar si aceptaba o no la política urquicista de organizar la Nación con un eje distinto a Buenos Aires, el comercio porteño cerró sus puertas (Vedia y Mitre, *Unidad*, 362) y todos los tenderos y universitarios (Pelliza, 33), apéndices de la burguesía comercial, se volcaron a la legislatura para vocear su descontento contra el dictador Urquiza que pretendía dictar la organización del país sin el dominio de las clases dominantes bonaerenses. Los elevados "principios" de la oligarquía bonaerense, según los cuales el país lo unificaba ella o no lo unificaba nadie, tuvo dos expositores que hoy afligen con su nombre a muchas calles y plazas de la república. Uno de ellos fue Vélez Sársfield, otro Bartolomé Mitre.

Vélez Sársfield explicó que Urquiza no era más ni menos que otro Rosas, y que jamás Buenos Aires podría tolerar que un tirano pretendiese organizar la nación. Independientemente de que todas las naciones han sido organizadas bajo regímenes de fuerza —únicos capaces de liquidar las tendencias centrífugas— ocurre que poca gente en la república tenía menos autoridad moral que el Dr. Vélez Sársfield para hacerle ascos a la dictadura o insultar a nadie comparándolo con Rosas. Vélez Sársfield, cortesano asiduo de la tertulia de Manuelita Rosas, en vísperas de Caseros, no tuvo una palabra de censura para las atrocidades rosistas mientras vivió en Buenos Aires al amparo del paternal gobierno de don Juan Manuel. Se reservaba para echárselas en cara al que dio en tierra con el tirano. La osadía del Dr. Vélez Sársfield de traer a colación las hazañas inazorqueras, era tanto más asombrosa cuanto que él tuvo parte directa y grandísima responsabilidad, precisamente en el más hinchado y de más hedor de los crímenes cometidos por Rosas. Nos referimos al fusilamiento de Camila O'Gorman y de su amante, el ex cura Gutiérrez,

ordenada por aquél, después de consultar a varios juristas, uno de los cuales, el doctor Vélez Sársfield, afirmó que correspondía aplicar la pena de muerte (Vera, XII, 214).

El otro defensor de las libertades y los principios fue Bartolomé Mitre, quien en esta su primera aparición en la política bonaerense declaró que "mi oficio es echar abajo a cañonazos la puerta por donde se entra a los ministerios" (Vedia y Mitre, *Unidad*, 357) y terminó su discurso oponiéndose a la organización del país planteada por Urquiza diciendo "Esos principios son los que forman la moral pública, completamente relajada entre nosotros. La moral pública está caída y es necesario levantarla. Débil y flaca como es, yo le ofrezco mi brazo para que se apoye en él y lance contra sus asesinos la sublime protesta que Jesucristo lanzó a los verdugos, cuando se negó a humedecer sus labios en la esponja empapada en hiel que le presentaron con mano sacrilega" (Vedia y Mitre, *idem*, 353). La pequeña burguesía porteña se exaltó hasta el delirio con las detonaciones del aguerrido fraseólogo. Principios, moral pública, metáforas y fanfarria. Se estaba a mil leguas de la aduana, el puerto y los otros objetos concretos y macizos que la oligarquía porteña tenía monopolizados y defendía contra Urquiza. Rosas, cuyo principal apoyo de masas provenía de las peonadas campesinas, ganaba a esta clase con sus hazañas ecuestres, que eran lo más apreciado por su sensibilidad. Mitre, buscando el apoyo de la pequeña burguesía tenderil y estudiantil de Buenos Aires, la seducía con el manjar más apreciado por sus paladares: Libertad, Principios, Moral. Frases y más frases hasta el juicio final. Las hazañas de Rosas sobre el caballo y las de Mitre sobre la tribuna y la frase, servían al mismo objetivo concreto: obtener el favor de las masas para la política antinacional de la oligarquía porteña, aferrada a su puerto y su aduana como la garrapata al perro.

Ayer con Rosas, en 1852 con Mitre, la oligarquía porteña se oponía a la organización nacional impulsada por los ganaderos entrerrianos desde el Acuerdo de San Nicolás "porque ese Acuerdo

le retiraba la diplomacia, la aduana nacional y el monopolio de la navegación de los ríos" (Alberdi, *Obras*, V, 405).

Liberales y Rosistas Porteños se Unen Contra Urquiza

Para enfrentar a Rosas la oligarquía porteña canceló su división entre federales y unitarios, fenómeno reemplazado a poco andar por la integración de un frente antiurquicista en el cual confraternizaban federales y unitarios, estancieros y burguesía comercial. Este frente fue el que emancipó a Buenos Aires de la dictadura urquicista, es decir, restituyó a Buenos Aires su derecho a disponer exclusivamente de la Aduana, que Urquiza había nacionalizado. Urquiza nacionalizó la Aduana el 28 de agosto de 1852. La revolución porteña se produjo el 11 de setiembre, fecha que durante muchos años la oligarquía porteña conmemoró en el nombre de una de las plazas más frecuentadas de la capital. Y el 16 de setiembre, ante una reunión de hacendados congregado en el Coliseo, Lorenzo Torres y Valentín Alsina, exponentes rabiosos del federalismo y el unitarismo extremos, de la Mazorca y la emigración montevideana, se confundieron en un abrazo para demostrar la solidez del frente de la oligarquía porteña contra la dictadura urquicista que la despojaba de sus privilegios en beneficio de todas las provincias. El vocero liberal dirigido por Dalmacio Vélez Sársfield, ex consejero jurídico de Rosas, al son que proclamaba "tiempo es ya de protestar con el fusil al hombro de toda intervención en nuestros negocios y administración interior" (de Buenos Aires) afirmaba: "La reconciliación de los partidos políticos que han dividido a la República Argentina no hubiera podido manifestarse en una imagen más grandiosa que la que presentaba el sábado el Coliseo. Los dos antiguos principios que han luchado tan tenazmente en los

pasados tiempos, personificándose allí en sus dos hombres más caracterizados, parecían venir a confundirse en un solo sentimiento" (*El Nacional*, setiembre 20, 1852).

Este frente único de rosistas y antirrosistas demuestra claramente cómo por encima de sus particulares diferencias, los sectores federal y unitario en que se bifurcaba la clase dirigente de Buenos Aires eran por sobre todo miembros de la oligarquía metropolitana, unidos contra cualquier intento provinciano de despojarla de sus privilegios. Y demuestra también el carácter heterogéneo del partido federal, dentro del cual se movían un partido federal porteño y otro del Interior y el Litoral, cuyo antagonismo era tan intenso como el que en la época rivadaviana los agavillaba a todos contra la burguesía comercial porteña.

Los mismos apologistas del partido federal admiten la alianza entre los federales porteños y los emigrados. En las elecciones de abril, por ejemplo, antes de la abierta ruptura porteña con Urquiza, "La lista *popular*, formada en su mayor parte de unitarios, triunfó por gran mayoría. Los rosistas de Buenos Aires se volcaron en masa hacia la oposición contra el vencedor de Caseros" (Palacio, II, 151). Pero no sólo esto. La llamada Revolución de Setiembre, que como bien dice el mismo autor "desde el principio mostró su verdadero carácter secesionista y antinacional" (Palacio, II, 155) fue dirigida por los prohombres del federalismo porteño, con Lorenzo Torres a la cabeza. A los rosistas, sin embargo, no se les ocurre preguntarse cómo un partido tan nacional como el que llevó a Rosas al poder podía ser a la vez la columna vertebral de un movimiento secesionista y antinacional... En verdad, "la llamada revolución de setiembre no fue más que un motín preparado por unas cuantas personas que, seguras de la defección de fuerzas militares cuyos jefes estaban también en el complot, se apoderaron por sorpresa del poder. El doctor Lorenzo Torres, uno de los más importantes hombres de Rosas, fue el principal revolucionario de setiembre. El general Angel Pacheco, jefe de la vanguardia de Rosas en Caseros, pertene-

cía a la misma falange reivindicadora de los derechos y libertades, y al general Flores, otro de los vencidos en Caseros, se lo hizo Ministro. A qué enumerar más hombres de Rosas, de los que tomaron parte en el alzamiento de setiembre, si designando sólo a dos ya está dicho todo? Troncoso y Badia, los principales ejecutores de las altas obras del tirano en la época del terror, fueron dados de alta como coroneles, para combatir al vencedor de Caseros" (Victorica, 63).

Por otra parte, en el frente antiurquicista figuraban no sólo los rosistas que no habían renegado de don Juan Manuel, sino otros elementos que evidenciaban un exaltado antirrosismo y un odio profundo a toda dictadura, con intensidad sólo emparejable al fervor con que hasta el día de Caseros se habían ofrecido como felpudos a los pies del Ilustre Restaurador. Ya hemos mencionado el caso de Vélez Sársfield, pero no era este el único. También merece consideración especial Elizalde, baluarte del "liberalismo" porteño que dirigía Mitre. "El vecindario de Bs. As., cuando ya se conocía el pronunciamiento de Urquiza, hizo por escrito una manifestación o plebiscito en favor de Rosas. Los doctores Dalmacio Vélez Sársfield y Rufino de Elizalde, por estar ausentes de la ciudad, no suscribieron, pero a su regreso, dos o tres días más tarde, firmaron los dos una carta colectiva adhiriéndose con la misma espontaneidad y entusiasmo que los demás" (Victorica, 22). Por otra parte, una ley de la legislatura de San Juan que declaraba "loco" a Urquiza por haberse pronunciado contra Rosas, llevaba la firma de otro baluarte del liberalismo: el Dr. Rawson (*idem*). El mismo Elizalde, en 1851, le había enviado una carta a Urquiza criticando violentamente la campaña de un diario entrerriano en favor de la organización nacional e insistiendo en que Rosas era irremplazable en el manejo del país (Victorica, 25). Y la obsesión de este futuro campeón del liberalismo mitrista no se quedaba en cartas. Cuenta un testigo presencial que, después del pronunciamiento de Urquiza contra Rosas, "a la salida del teatro, Manuelita Rosas fue conducida en su coche, quitados los caballos, tirando de él los pa-

triotas federales. Entre los que vi tirar del coche recuerdo a don Santiago Calzadilla, al hijo del doctor Agrelo, a don Rufino Elizalde...; yo también empujé de la rueda derecha al partir el carruaje. No recuerdo los nombres de otros muchos federales que tiraron, porque no los conocía entonces y hoy son muy unitarios" (Hortelano).

Pero el frente único antiurquicista entre federales y unitarios porteños originó una división en el partido federal porteño, entre su sector capitalista bastante ligado a la burguesía comercial y su sector popular, con arraigo en la campaña, dirigido por elementos militares de la época rosista. Mientras la fracción áurea del federalismo porteño (Anchorena, Torres) estaba dispuesta a aceptar el predominio unitario-comercial con tal de salvar frente a Urquiza los intereses de conjunto de la oligarquía porteña, las masas federales y los caudillos militares que la dirigían (Lagos) estaban dispuestas a abandonar sus privilegios porteños y aliarse con Urquiza contra los odiados elementos unitarios afincados en la ciudad y totalmente desprovistos de apoyo en la campaña. Pero la dirección de este ala del federalismo no podía olvidar sus vinculaciones con la oligarquía porteña, y prefería claudicar ante ella o cederle la iniciativa antes que destruirla profanando con la caballería gaucha las orgullosas calles de la Atenas del Plata. Todas estas fuerzas y tendencias quedaron al descubierto cuando el coronel Hilario Lagos puso sitio a Buenos Aires en diciembre de 1852, arrastrando tras de sí a toda la campaña bonaerense y levantando la bandera de la unidad nacional con Urquiza. Lagos exigía que se enviases representantes al Congreso de San Nicolás, convocado por Urquiza, de donde saldría la Constitución Nacional. Pero el diario de la burguesía comercial porteña respondió que eso era "crimen de traición a la Patria" (*El Nacional*, diciembre 14, 1852).

El partido federal, y el partido federal porteño, se dividían, pero no "según la mayor o menor graduación del tinte localista" (Palacio, II, 159) sino según intereses de clase y regionales que

existían en su seno desde el primer momento. "Me he puesto a la cabeza de las masas— declaraba Hilario Lagos— para echar abajo al doctor Alsina y pedir la paz y unión con el resto de nuestras hermanas, las provincias" (Saldías, II, 16). Este era el sentimiento de las masas rurales de la provincia, con cuyo plebeyo apoyo había contado Rosas contra "los magnates". Pero los magnates federales estaban en la posición exactamente opuesta, y ellos fueron la principal fuerza de represión contra el movimiento de Lagos. Los rosistas porteños nada querían saber de entregar la Aduana, como exigía Urquiza, y por eso se negaban a acompañar al rosista Lagos. Y el jefe de la resistencia de Buenos Aires era nada menos que el astuto don Lorenzo Torres, formado en la escuela del Gran Dictador, como dice uno de los devotos tardíos de la Santa Federación (Palacio, II, 162).

Entre sus cargos al gobierno porteño, Lagos señalaba el haber "excluido de toda intervención en política a los ciudadanos que serían con su concurrencia la expresión más significativa del principio salvador, que realizase la fusión de todos los partidos, no para dar sólo entrada a los que eran totalmente desconocidos por las masas o traían un nombre señalado con recuerdos odiosos" (*El Nacional*, diciembre 16, 1852). Evidentemente, Alsina era un nombre popularmente huérfano. Pero no era verdad que no se realizase la fusión de unitarios y federales. El acuerdo entre ambos era un hecho, pero era un acuerdo en que participaban los magnates del partido federal porteño, no sus masas. Eso era lo que decía el vocero del unitarismo contestando al planteo de Lagos: "lejos de ser contrario a la fusión de los partidos del Gobierno de Buenos Aires es en esa fusión en lo que más ha descollado. Lagos, Comandante del Departamento del Centro de la Campaña, ¿qué representa sino la perfecta mentalidad de la administración conciliadora del doctor Alsina. Durante esa misma administración, el señor General Pacheco, fue nombrado Comandante General de Armas, y el señor Coronel don Pedro Rosas y Belgrano comandante del Departamen-

to de Azul. Estos dos señores, que representan el partido federal, se unen al pueblo para defender las instituciones. La misma Sala de Representantes que se ha querido hacer pasar por unitaria, cuenta en su seno hombres de gran prestigio en el país como el señor Gobernador y los señores Rosas y Belgrano y Anchorena y tantos otros que forman parte de ella, y a quienes nadie podría tachar de unitarios. Y no es menos digno de notarse que en una Representación como la nuestra, compuesta de 50 diputados, sólo cuente en su seno 6 ó 7 emigrados, lo que destruye completamente cuanto se ha pretendido para llamarla unitaria" (*El Nacional*, diciembre 17, 1852). Entre el gauchaje acaudillado por los ex oficiales rosistas que prefería la unión con la nación a expensas de sus privilegios particulares y la Aduana, Torres se quedaba con la Aduana, contra la Nación —como Rosas—, y se abrazaba conmovedoramente a los "inmundos salvajes unitarios vendidos al oro vil de los franceses" —demostrando que la médula nacional del rosismo nunca fue tan sólida como su apego a la Aduana y el puerto de la provincia privilegiada. Efectivamente, "al gobierno delegado presidido por el doctor Torres cupo la gloria de preparar y llevar a cabo la disolución del ejército sitiador comandado por el coronel Hilario Lagos. El alma de la política desarrollada para obtener tan feliz resultado fue incuestionablemente el doctor Torres" (Zinny, 2, 208). Más aún: el incandescente nacionalista Lorenzo Torres, que bajo Rosas declarara estar muy dispuesto a sentarse en cuernos de vacas con tal de prescindir de las importaciones extranjeras, al ver sitiada Buenos Aires por las fuerzas gauchas de Lagos, y ante el temor de que ellas arrasasen las defensas, no vaciló en "arreglar con los jefes de las estaciones navales de Gran Bretaña, Francia, España, Brasil, surtas en el puerto, que desembarcaran —como en efecto desembarcaron en la ciudad de Buenos Aires— destacamentos de infantería que fueron colocados en los puntos que se suponían más débiles o más amagados. Los franceses desembarcaron además una batería de artillería" (Saldías, II, 33). Y, desde luego, el comercio británico estaba violentamente en contra de Lagos y a favor del gobierno;

el *British Packet* lo expresaba así con toda claridad (Véase artículo reproducido en *El Nacional*, diciembre 20, 1852).

Pero no sólo esto. Vencido Lagos, "los más decididos partidarios" de llevar una guerra de exterminio contra Urquiza para imponer el dominio de Buenos Aires sobre todo el país eran: el gobernador Obligado, don Nicolás Anchoreña y don Lorenzo Torres, flor y nata del rosismo (Saldías, II, 86). Eran más unitarios que Rivadavia...

"Si el rechazo del mal que se le quiera hacer padecer (a la ciudad) resulta en perjuicio de la misma campaña, es preciso no detenerse y hacerlo. ¿La campaña nos sitia? Pues abra la ciudad su puerto. ¿No nos traen sus productos? Pues recibamos los del extranjero. A esto nos contestarán que arruinaremos la campaña. Nos hallamos perfectamente conformes. Si los habitantes de la campaña quieren sitiarnos ¿por qué hemos de estar pagando caro por culpa ajena lo que podemos obtener barato? En esta situación nosotros somos de opinión que mientras se halle la ciudad sitiada por la fuerza de la campaña, se declare libre la importación de harina y toda clase de granos, carne y todo artículo comestible. De este modo la ciudad tendrá pan grande y barato, abundará en toda clase de comestibles más baratos aún de lo que en cualquier tiempo puede ofrecernos nuestra campaña" (*El Nacional*, diciembre 16, 1852).

En medio de la lucha contra Lagos, la burguesía porteña no olvidaba su nunca desmentida vocación librecambista y antinacional y en trance de dominar a todo el país y aislarse, llegaba a pensar en aislarse, no ya tan sólo de las demás provincias, sino incluso de la propia provincia de Buenos Aires, con tal de conservar su puerto y su aduana. ¡Era el ideal de la República Municipal!

Como ocurre siempre, los elementos de mayor peso capitalista como Torres y Anchorena estaban dispuestos a ir hasta el fin para defender sus intereses, uniéndose al mismo diablo, mientras que la dirección caudillesco-militar con resabios mazorqueros que con Lagos a la cabeza arrastraba a las masas no se atrevía a ir hasta el fin por temor a la fuerza explosiva del gauchaje. "Toda la campaña apoyó a Lagos. Reunidos 21 jefes de alta graduación; coman-

dantes de partidos de la campaña, junto a personajes de alta representación en la misma, firmaron una declaración por la que reconocían a Lagos como comandante general de las fuerzas armadas y le autorizaban para que, en paz o en guerra, procediera con entera libertad e independencia para asegurar las garantías de que carecían los habitantes de la Provincia. Este acta era el fiel reflejo de la opinión de las poblaciones de la campaña, como lo prueba que con una sola excepción, todos los jefes se adhirió inmediatamente a la resolución" (Vera, 295). Sin embargo, Lagos fue derrotado. En un momento, la escuadra de Urquiza bloqueaba por agua a Buenos Aires, y Lagos la sitiaba por tierra, de modo que la ciudad (centro del frente gran estancieril-comercial contra la nación) no tenía defensa. Sin embargo, Lagos "no intentó ningún ataque a la ciudad, aunque el momento era el más oportuno. ¿Esa actitud de absoluta pasividad que Lagos asumía desde el comienzo del sitio...? Lagos, como todos los jefes y oficiales que le acompañaban, era porteño y amaba a Buenos Aires... se sentían sin ánimos para una acción ofensiva contra la ciudad, a la que de ningún modo querían exponer a las terribles consecuencias de la irrupción violenta de gauchos semisalvajes que formaban la inmensa mayoría, la casi totalidad del ejército" (Vera, 314). La oligarquía porteña tenía las cartas de triunfo en su mano. Lagos reflejaba perfectamente la incapacidad histórica de las masas populares que se cuadraban frente a la oligarquía, situación que se repite siempre que a las clases privilegiadas no se les enfrenta una clase explotada capaz de aportar un nuevo sistema de producción. Lagos contuvo a las masas. Pero aunque éstas hubiesen tenido un caudillo dispuesto a conducir las hasta el propio centro de Buenos Aires, poco hubieran sido capaces de hacer, aparte de una escarmentadora e higiénica poda de cabezas oligárquicas. Luego, vueltas al campo, inevitablemente el poder hubiera refluído a manos de la oligarquía porteña.

Pero el acuerdo entre rosistas y unitarios dentro del frente antiurquicista no excluía roces más o menos intensos, que se ha-

rían más frecuentes y violentos cuando disminuía el peligro de una victoria urquicista sobre la plutocracia porteña. En la década de 1850 las líneas tendidas entre estancieros y burguesía comercial estaban mucho menos tensas que en la época de Rivadavia, y aunque el unitarismo, liberalismo o mitrismo contaba en sus filas con destacados estancieros como Domingo Olivera (fundador de la Sociedad Rural y Martínez de Hoz) los restos del rosismo (Torres, Anchorena, incluso Lagos) seguían teniendo un predominio rural, mientras que los viejos unitarios y sus discípulos rebautizados de liberales seguían siendo ante todo el partido de la burguesía comercial porteña y su pequeña burguesía. Los conflictos eran inevitables, siempre dentro del marco de la común política antiurquicista —es decir, antinacional, en el sentido de oponerse a la voluntad de la mayor parte del país, que deseaba organizar la nación en pie de igualdad con la oligarquía porteña y no bajo su dominio. Y tanto más inevitables cuanto que habiendo sido el factor más decisivo en la victoria contra la insurrección de Lagos y contra Urquiza el ex partido rosista pretendió volver a ejercer el gobierno en detrimento del partido liberal. En 1853 los representantes de la oligarquía porteña llegaron a elegir Gobernador a Nicolás Anchorena, máximo inspirador y beneficiario de la dictadura rosista, en atención a que "su nombre, opinión social y antecedentes eran una positiva garantía de tranquilidad y orden para esa clase laboriosa de la campaña" (Zinny, II, 209). Y si bien Anchorena no aceptó, su reemplazante, Obligado, fue indicado por él. Desde luego, los liberales no podían sentirse demasiado tranquilos, y así lo manifestaban. Y en 1857, cuando la burguesía comercial porteña ve a su Valentín Alsina en el Poder, como siempre dando la espalda a la nación, comentaba desde su diario *El Nacional*: "Para eliminar al caudillo (Urquiza) fue necesario asociarse a los malvados, tintas aun sus manos en sangre... El partido unitario llega, pues, al poder después de 30 años que hace que lo abandonó. Vuelve libre de la coacción que le impuso el caudillo Urquiza en 1852, vuelve depurado de todo el fango que se le adhirió para derrocar al cau-

dillo" (*El Nacional*, mayo 6, 1857). Ya en 1852 poco después del abrazo Alsina-Torres, Mitre había advertido que los personeros e ideólogos del comercio porteño, llamados liberales, no estaban dispuestos a desprenderse de la maquinaria estatal, en beneficio de los que la habían usufructuado con Rosas y aclaraba que los liberales aceptaban la fusión "tan sólo en su terreno, bajo su bandera" (*El Nacional*, octubre 13, 52 y octubre 14, 52). Y el mismo partido liberal, que en 1852 había sido salvado contra Lagos junto con toda la oligarquía porteña por la movilización de Torres, proclamaba satisfecho en 1857 que "Por todo el territorio del Estado el nombre de Torres ha sido la señal de alarma, y por todas partes relegados sus candidatos, incluso él mismo" (*El Nacional*, abril 15, 857). Cinco años antes, cuando el sitio de Lagos, el mismo vocero liberal había hecho la apología de Torres afirmando que nadie tenía derecho a seguir a Lagos puesto que "los que amen la federación honrada y verdadera, ahí la tienen en los Anchorena, Pacheco, D. Pedro Rosas y Belgrano, D. Lorenzo Torres, etc., etc." (*El Nacional*, diciembre 9, 1852).

Roces Entre la Oligarquía Rosista y la Unitaria

Los roces condujeron a la revancha unitaria contra los favorecidos por Rosas con donaciones de tierras. Por supuesto, los únicos despojados fueron los elementos más plebeyos e insignificantes, no pertenecientes a la oligarquía estancieril, con quien los unitarios tenían diferencias, pero no estaban dispuestos a hacerla en su derecho de propiedad sobre la tierra, con el cual se beneficiaba también la burguesía comercial, y que Rivadavia había estimulado en la forma que ya sabemos. El número de perjudicados por la mo-

realización unitaria fueron 27 individuos que habían recibido donaciones de tierras por servicios a Rosas. En total 55 leguas, 56 cuerdas en la Chacarita y una casa y un terreno en la ciudad (*El Nacional*, setiembre 2, 1858). Los Anchorena y Cía. no tenían nada que temer ni soportaron molestia alguna. Muchas creaciones y tradiciones del rosismo fueron derrumbadas por los liberales apoderados del Estado, pero la oligarquía terrateniente, quedó íntegra y más robusta que nunca, con toda la fuerza que Rosas había incubado amorosamente. Algunos destacados oligarcas rosistas debieron soportar sin embargo tal cual embate verbal, como el siguiente dedicado a Pacheco, y que es muy revelador de las características heroicas de los próceres oligarcas que tienen pueblos y estaciones bautizadas con su nombre:

"Pacheco el ladrón es el apodo que tuvo en la campaña del Estado, durante la administración de Rosas, por los mismos soldados y personas que obedecían y servían a Rosas. Lo cierto es que todos recuerdan que en 1837 el coronel Pacheco petardeaba en los cafés, por no tener con qué pagar una taza de café, y nadie de los que sobreviven ha olvidado la enjuta figura del coronel, con su casaca raída, su corbatín de cuero por falta de corbata y los cuellos sucios de la camisa. Años después, y sin haber hecho otra cosa que servir a Rosas en los ejércitos, el general Pacheco contaba con tres millones de duros en setenta leguas de propiedad, la morada más insolentemente espléndida y ochenta mil cabezas de ganado. ¿Cómo adquirió estas riquezas? Ahí están los documentos públicos, las escrituras de donaciones de Rosas, y más que todo la tradición popular de las campañas, en donde espumó vacas, tierras, propiedades, donde quiera que sus ojos fueran atraídos por algún bien. Cae Rosas y se mantiene a la capa hasta ver claro. En la revolución de diciembre (la insurrección de Lagos) ofrece sus servicios y manda la línea. Todo iba a las mil maravillas hasta que los sitiadores le tocaron las vacas, que entonces su entusiasmo disminuye sensiblemente y pidió sus pasaportes para Europa... Hace cosa de tres meses que solicitó del gobierno de Buenos Aires le pagase millón y medio de pesos en que avalúa lo que los sitiadores le quitaron" (*El Nacional*, junio 3, 1859).

Detrás de los roces entre liberales y ex rosistas del sector mag-nate estaban dos concepciones e intereses distintos en torno a la política de Buenos Aires respecto a la nación. El ala plebeya del

federalismo porteño estaba dispuesta a aceptar la unidad nacional en pie de más o menos igualdad con las demás provincias con tal de tener el apoyo de éstas para derrotar a la burguesía comercial porteña; de cuya política liberal sólo podía esperar el aniquilamiento sin misericordia, la completa proletarización del gaucho, su liquidación física para que no estorbara a los postes y las vacas. Por el contrario, los grandes estancieros con poderosos intereses capitalistas que habían apoyado a Rosas preferían la alianza con el partido liberal a fin de mantener el aislamiento porteño y querían conservar a toda costa la aduana y el puerto para los estancieros bonaerenses, temiendo tanto como temía Rosas la competencia de los productores del Litoral. Su política era que, siendo imposible que Buenos Aires tuviera embretadas a las provincias entre garrotazos y limosnas como había hecho Rosas, correspondía aislar a Buenos Aires de la Nación llegando incluso a la independencia total. En cambio la burguesía comercial porteña, masivamente agrupada tras el partido liberal, y reflejada fielmente por los emigrados de la nueva generación, con Mitre a la cabeza, no podía prescindir del deseo de tener todo el mercado nacional a su disposición. Por eso, si bien antes que aceptar la entrega de la aduana a toda la Nación estando ésta controlada por la alianza de los productores del Litoral con el Interior, prefería seguir la política del completo aislamiento e incluso transformarse en República municipal, prefería en todo caso llevar una activa y enérgica política de conquistar todo el país y entonces sí, una vez embolsados todos los gobiernos provinciales y asegurada la indiscutida primacía de la burguesía porteña en la vida nacional, entonces sí, nacionalizar la aduana, aunque los estancieros bonaerenses perdiesen sus históricos privilegios. Los grandes estancieros ex resistentes querían la separación de Buenos Aires. Para ellos Urquiza —representante de los competidores entrerrianos— era el obstáculo de siempre. En cambio, para la burguesía comercial y el círculo de emigrados que la servía con Mitre a la cabeza, buscando desesperadamente el poder para usufructuar los beneficios del Estado, Urquiza era sólo un obstáculo ocasional, puesto que ella aspiraba a la

organización nacional, pero en base a tres condiciones: tener ella el poder, destruir la resistencia de los estancieros localistas, que le servía de pedestal contra Urquiza, pero después devendría un obstáculo para sus planes en escala nacional, y, en fin, mediante la guerra civil contra todas las provincias, apoderarse de la presidencia de la nación ya organizada por ella bajo su dominio. Esta fue en esencia lo que Mitre llamó "la gran política" del liberalismo de Buenos Aires. Alberdi la radiografió en 1855 (*Obras*, V, 404).